

Todo comenzó cuando descubrí un cadáver en la orilla del río.

Dos hombres sujetaban la pequeña balsa a la que estaba atado; pero desde donde yo me encontraba no podía saber con seguridad si estaban acercándolo a la orilla o arrojándolo a la corriente.

El muerto llevaba un jersey rojo y un pantalón claro que, de las rodillas para abajo, se hacía más oscuro. Parecía como si durante sus últimas horas hubiese caminado por un terreno pantanoso. Llevaba una hoja de papel debajo del cinturón y sujeta con él.

Las aguas de río se deslizaban lentamente. Un poco más allá del lugar en el que se encontraba el cadáver, se dividían en dos brazos. Éstos circundaban una isla rocosa en cuya cima se levantaba un castillo imponente. Detrás de la isla, el río desembocaba en el mar. En su orilla derecha, allí donde la tierra se encontraba con la barrera del mar y el agua se confundía con la línea del horizonte, se divisaba una ciudad.

Observé durante largo rato al muerto y me pregunté quién sería, cómo habría terminado sus días. ¿Lo habrían asesinado? ¿Qué significaba el papel sujeto con su cinturón? ¿Era una carta, un testamento, o, sencillamente, una hoja en blanco?

A medida que reflexioné sobre el asunto, el deseo de aclarar aquel caso se convirtió en una idea fija que incluso hoy me parece una especie de hechizo.

Al principio fue como un aguijón en mi cabeza, y poco a poco se apoderó de mí como una enfermedad contagiosa que empezó a extenderse de forma imperceptible y, a la vez, irrefrenable. Me resultaba difícil pensar en otra cosa. Los acontecimientos diarios pasaron a segundo plano. Perdió importancia el colegio, la convivencia con mi madre y todo lo demás. Quizá fue realmente una especie de encantamiento, pues lo que ocurrió me parece hoy una aventura misteriosa, tal vez un aumento de mi facultad perceptiva que los conocimientos científicos actuales no pueden explicar. Y como no soporto más el silencio ni puedo contar mi experiencia a nadie sin que me tomen por loco, voy a intentar escribir todo. Posiblemente lo hago para luego rasgarlo o quemarlo, porque tal vez sea la manera de olvidar lo ocurrido.

Escribir mi experiencia será, por tanto, un intento de recuperar la paz interior. Espero lograrlo de alguna forma.

A mi edad, otros chicos trabajan durante el tiempo libre, van con chicas a las discotecas o se pasan las horas delante del ordenador. A mí me interesan poco las discotecas y menos los ordenadores. Las chicas se sonríen disimuladamente cuando se cruzan conmigo en la calle. Todo lo que necesito para el colegio lo estudio en los recreos o mientras vuelvo a casa en el autobús. Mis asignaturas preferidas son el arte, la literatura y la música. En mis ratos libres me encanta leer y pintar.

Mi madre se enfada a menudo por eso. Piensa que debería hacer más deporte, porque es sano. Pero yo no soy deportista. Mi madre, desde que mi padre se separó de ella, ha vuelto a trabajar en una farmacia, como cuando era soltera. Como yo no tengo hermanos, casi siempre estoy solo en casa. Y leo, oigo música y, a veces, pinto. No dibujo cosas reales, sino que pinto lo que se me ocurre, lo que sueño, imágenes sobre pensamientos que me preocupan. Escondo esos dibujos. Si los viera mi madre, se reiría de ellos y me recomendaría que pasara más tiempo al aire libre.

Saco de una biblioteca los libros que me gusta leer. Con la paga semanal no puedo comprar todos los que me interesan. Sólo cuando mi padre me envía dinero puedo comprar algún libro o algún disco. Al contrario que mi madre, no me pregunta en qué me he gastado el dinero.

Un día, poco después de cumplir dieciséis años, iba yo por una calle y descubrí, a la puerta de una librería, una caja de libros en rebaja. Yo no podía pasar por delante de esas cajas sin detenerme a curiosear. Ejercían sobre mí una atracción casi mágica. En ellas encontraba con frecuencia libros de arte que para mí eran inalcanzables a precio normal y que sólo podía admirar en los escaparates.

Aquel día descubrí entre los demás libros un tomo con láminas sobre un pintor holandés que vivió en Amberes a principios del siglo XVI. Llevaba por título *Patinir o la armonía del mundo*. Desde el primer momento supe que iba a comprarlo. Por suerte, mi padre me había regalado 50 marcos por mi cumpleaños. Podía adquirir aquel libro y llevármelo a casa.

Cuando lo hice, no presentía que este libro iba a cambiar mi vida.

Al releer lo escrito hasta este momento, me he dado cuenta de que alguien podría pensar que he encontrado realmente un muerto en la orilla de un río. Es cierto que lo he visto, pero sólo en una de las muchas láminas del libro.

*Patinir*. Jamás había oído ese nombre. Conocía los cuadros de Juan van Eyck y de Pedro Brueghel, el pintor de campesinos, de Jerónimo Bosco y de otros holandeses. Pero no recordaba haber visto nunca un cuadro de un pintor llamado Joaquín Patinir. Sin embargo, cuando abrí el libro, me pareció como si hubiera conocido esos cuadros desde siempre y como si hubiesen sido pintados exclusivamente para mí.

Mi primera impresión fue que al pintor solo le habían interesado los paisajes. Pero al hojear el libro más detenidamente, descubrí las figuras de la Virgen, de san Jerónimo y san Antonio y de distintos personajes bíblicos. Contemplé todas las láminas detenidamente. Observé atentamente las cadenas de colinas cruzadas por los ríos. En algunos cuadros, los ríos desembocaban en el mar. Con frecuencia, las nubes se acumulaban en la parte superior de un cuadro formando una tormenta oscura y amenazadora, a la que quedaban expuestas e indefensas las edificaciones levantadas por los hombres, pequeñas y frágiles en apariencia. De vez en cuando se levantaba sobre una roca un castillo y se apiñaban ciudades lejanas en torno a iglesias. En uno de los cuadros, san Cristóbal atravesaba un río llevando a hombros al Niño Jesús y fue allí, en la orilla izquierda, donde yo descubrí al hombre muerto encima de una balsa, el cadáver con la hoja de papel bajo el cinturón.